

ASPECTOS ASCÉTICO-MÍSTICOS DEL BLANQUERNA

(EL «LIBRE D'AMIC I AMAT» Y LOS «FIORETTI» DE S. FRANCISCO)

A Pablo Luis Avila, cuya amistad me ha acercado al Amado.

No parece que los críticos se han encontrado de acuerdo sobre la posición que Ramón Llull ocupa entre los místicos de la Edad Media. La tesis sostenida por el P. Joseph de Guibert que «La contemplación de Llull es una oración discursiva en la cual domina el elemento intelectual»¹ y que «La reflexión determinada se impone sobre los afectos, en todo lo que se refiere a la contemplación» (tesis aceptada por varios estudiosos, entre los cuales mencionamos a A. Sancho, quien defiende una vez más el intelectualismo doctrinal de la mística lulliana)² se opone a otra corriente que define como agustiniana-franciscana, la postura del maestro mallorquín. En efecto, para Pier Pourrat, en su estudio clásico *La Spiritualité Chrétienne*,³ Ramón Llull pertenece de lleno a la que llamamos «escuela franciscana» junto con Bernardino de Sena, Angela de Foligno, Catalina de Bolonia y otros místicos más. De hecho, Pourrat, le conceptúa entre los seguidores de S. Buenaventura, sumo representante de dicha corriente. «Cómo S. Bernardo —declara Pourrat—, (S. Buenaventura) tiene un alma afectiva, mucho más llevada al amor que no a la especulación... Por esto (el Santo de Bagnorea) sostiene que la teología es una ciencia sobre todo afectiva, y, al exponer la doctrina, insiste, sobre todo, en aquellos aspectos que favorecen decididamente la piedad».⁴ Algo más adelante, el propio Pourrat puntualiza afirmando que «La piedad afectiva... prefiere el idealismo de Platón al realismo de Aristóteles, por lo cual, los místicos acuden con más frecuencia a la Academia

¹ *Études de Théologie Mystique*, Toulouse, Rev. d'ascétique et Mystique, 1930, p. 308.

² *La mística de Raimundo Lulio*, Rev. de espiritualidad, II, 1943, pp. 19-34.

³ Vol. II, *Le Moyen Age*, Paris, Lecoffre, 1946, p. 288, n. 3.

⁴ Id., id., pp. 265-66.

que al Liceo». «San Agustín —concluye nuestro estudioso—, el pseudo-Dionisio, los victorinos son, a todas luces, platónicos y el Doctor Seráfico se inspira especialmente en las obras de éstos».⁵

Tomás y Joaquín Carreras Artau, en su *Historia de la Filosofía española*,⁶ nos hablan de Llull como de un «espíritu más anselmiano que aristotélico» y aclaran luego con mayor detenimiento la posición del mallorquín al precisar que «El amor luliano, igual que el de los filósofos franciscanos, tiene sus raíces en las profundidades de la vida afectiva...». Se trata de «aquél mismo amor de S. Francisco» cuyas «estrofas del himno al sol resuenan en todos los ámbitos de la mística luliana». Pero a pesar de lo que hayan podido suponer lectores faltos de preparación, nunca «ni en los momentos de embriaguez mística el amor eclipsa al entendimiento, ni cercena sus fueros en lo más mínimo».⁷ En fin, terminaré esta aclaración, acudiendo a las palabras de A. Muñoz Alonso, cuyos intereses espirituales abarcan amplios horizontes: «Seré muy arriesgado —nos confiesa— si digo que la necesidad de las razones que Llull exhibe, por que razones de Dios es necesidad de amor para que el amor se encienda y no necesidad intelectual para que los hombres conozcan...» y poco más adelante afirma, hablando siempre de Llull, que «la razón va más allá de sí misma cuando es Dios que la ocupa...».⁸

Es fácil advertir, cuando se medite sobre estos problemas de mística, que, a la razón del místico, «Discursiva», por necesidad de amor, corresponde en la especulación de la Edad Media, la creación por parte de Dios, por necesidad de amor, que representa uno de los rasgos de la ideología franciscana, según afirma Rousselot en su fundamental estudio, *Pour l'histoire du problème de l'amour au Moyen Age*.⁹ Así en Llull, franciscano, coincidirían las dos «necesidades», divina y humana; una en la obra de la creación, transformada en la más

⁵ Id., id., p. 266.

⁶ T. I, Madrid, R. Acad. de C., 1939, p. 534. Véase también S. GARCÍAS PALOU, *San Anselmo de Canterbury y el beato Ramón Llull*, en «Estudios Lulianos», I, 1957, pp. 63-89.

⁷ Id., id., p. 609. El cántico de S. Francisco es conocido bajo el nombre de *Cantico delle creature* o *Cantico di Frate sole*.

⁸ *Fe y razón en Ramón Llull*, Mallorca, Maioricensis Schola Lullistica, 1951, pp. 11 y 13.

⁹ «Beiträge zur Geschichte der Philosophie des Mittelalters», Bd. VI, H. 6, Münster, 1908, pp. 1-102.

apremiante teofanía en cuanto movida por el amor, y otra en su actividad especulativa que adquiere ante los ojos del doctor iluminado un sentido perfilado de correspondencia amorosa para con Dios y de acercamiento hacia el prójimo. Llull, en esto, une a través del acto especulativo, tan sustancial para su espíritu, la inclinación personal a la búsqueda filosófico-teológica, con el afán de apostolado tan encendido en su alma después de la conversión.

Por lo tanto dejamos para otro momento un estudio más hondo en torno de dicho problema y concluimos, afirmando que, al reconocer en Llull un «aislado» discípulo de la escuela franciscana, hay que admitir, con salvedad de toda su personal originalidad, el prevalecer de las exigencias del amor, sostenidas por la intuición y el sentimiento, y operantes en el discurrir de la razón. En verdad la presencia evidente del pensamiento de San Buenaventura (y sin más desde su influjo) en las obras de Llull, no nos parece muy comprobada, por lo menos directamente. Sin embargo, a lo largo de sus escritos, el doctor iluminado menciona a Dionisio Areopagita, a Ricardo de San Víctor, a San Anselmo. Se escuda alguna vez en el tratado *De Trinitate* de San Agustín. Todos estos místicos, constituyen los autores preferidos por quien nos dejó el *Itinerarium mentis ad Deum* y el *Soliloquium*. Lo mismo acontece con San Bernardo, pues, sin duda, numerosos nos parecen los rasgos de Llull que nos recuerdan al Santo cisterciense en toda su producción ascético-mística. No se crea ser demasiado atrevido el afirmar que el movimiento franciscano se ha, instintivamente, apoderado de los tres elementos esenciales de la especulación victorina: concepción simbolística del universo, meditación intuitiva y contemplación. Con esta última etapa se concluye el proceso de todo conocimiento, pues, para Ricardo de S. Víctor, igual que para todos los pensadores de la Edad Media que seguían sus huellas, no mediaba división alguna entre el sector filosófico y el teológico.¹⁰ Bajo otro aspecto también muchos filósofos modernos, entre ellos, especialmente el lulista H. Probst, sostienen la inseparabilidad entre

¹⁰ E. ALLISON PEERS, *Ramon Lull - A Biography*, London, Soc. for Promoting Christian Knowledge, 1929, p. 416: «...though he (R. L.) does not, like many mystics, distinguish states, degrees and steps of love, his Book of the Lover and the Beloved is full... of references to the Mystic way, and derives from it all its powers». Datos más significativos nos ofrece otra obra del mismo autor: *Fool of Love - R. Lull*, London, SCM Press, 1946.

inteligencia y sentimiento, entre entendimiento y voluntad, cual concepciones de gran envergadura y de eficacia en el mundo interior de Llull y en el de la que podemos llamar su escuela.

Sin duda, repetimos una vez más, la concepción simbolística del universo, en sentido limitado y sencillo, se encuentra como elemento de honda inspiración en la ideología de S. Francisco. Rousselot ha puesto de relieve, por su parte, que en esta ideología, la creación del mundo corresponde, como acabamos de puntualizar, a una necesidad de amor de Dios. Este punto de vista desde luego favoreció el concepto del simbolismo aplicado a la interpretación de la naturaleza y de todos los fenómenos de la vida del mundo, en cuanto, especialmente, se estimaba la creación como un incesante acto de amor.¹¹

Lo poco que conocemos de la formación cultural de Francisco de Asís, no permite adelantar conjeturas e hipótesis sobre posibles y conscientes relaciones entre la postura del santo y el ideario de la escuela teológico-mística de los victorinos. Nos parece cosa más aceptable afirmar que la tendencia afectiva de Francisco hacia la naturaleza teofánica fué promovida y determinada, en un principio, por su misma sensibilidad, delicada y abierta hacia la emoción, que, al convertirse, se afinó y enriqueció extraordinariamente.

Reconocemos, por otra parte, que el *Cantico delle creature* deriva, en cierto sentido, del *Canticum trium puerorum* que S. Francisco conocía y que solía rezar en el Salterio. Este es un caso al cual se pueden añadir algunos textos más sobre la formación de la expresión afectiva en la obra de S. Francisco y de sus hijos de los primeros tiempos. En estos, por cierto, asoma la estupenda afloración de la literatura franciscana, desde el *Sacrum Commercium Beati Francisci cum domina paupertatis* (se considera este documento como el primero en la tradición franciscana, inspirado, directamente, en el santo; muerto el año anterior a la aparición del documento mismo, 1226) hasta la *Legenda trium sociorum*, el *Speculum perfectionis* y los *Actus beati Francisci et sociorum eius*, de los cuales proceden los *Fioretti di S. Francesco*.¹²

¹¹ ROUSSELOT, ob. cit., passim. Véase también el art. sobre la posición de Llull frente a la naturaleza, que nos parece contenga una nota subida de originalidad: H. PROBST, *Le sentiment de la nature chez R. L.*, en «Estudios Franciscanos», XLVIII, 1936, pp. 234-243.

¹² Además de los trabajos y de las ediciones tan conocidas de P. Sabatier, coté-

Pasando de la persona y de la obra poético-religiosa del santo, a las Figuras de S. Buenaventura, la cima más representativa del pensamiento franciscano, y de nuestro Raimundo Lulio, admitimos sin esfuerzo que la inclinación amorosa y de gozo hacia la naturaleza, nace, bien sea de una disposición anímica, bien sea del influjo de la corriente de Hugo y de Ricardo de S. Víctor, cuyos escritos (sobre todo el *Soliloquium* del primero y la *Expositio in Cantica Cantorum* del segundo) debieron de influir hondamente sobre la corriente franciscana «cult». La actitud agustiniana y por lo tanto platónica de dicha corriente, es reconocida por todos y no hay motivo consistente para restar dicho influjo sobre el pensamiento de Lull. Si en su formación han ocupado un puesto de relieve San Buenaventura, el heredero más significativo del «impeto religioso» y del «slancio vitale di Francesco» que «potranno trovare sviluppo filosofico» en su misticismo,¹³ y el primer maestro del movimiento filosófico franciscano, Alejandro de Hales (1170-1245), no se puede excluir, por otra parte, que en la obra luliana se vislumbren asomos victorininos. Resonancias del pensamiento de Hugo de S. Víctor, expresadas en proposiciones como éstas: «Quod pulchre divina et coelestia etiam per dissimilia symbola manifestantur»¹⁴ y «Symbolum collatio videlicet id est coaptatio visibilium formarum ad demonstrationem rei invisibilis propositarum»,¹⁵ no solamente se encuentran en las páginas de Alejandro y de Buenaventura, sino que moldean gran parte de la producción ascético-mística de nuestro mallorquín. Afirma Gilson en *La philosophie de S. Bonaventure*: «Cette pensée n'est qu'une charité toujours active dont le mouvement incessant tend vers des objets que nous échappent...».¹⁶ Y uno de los mejores conocedores de la mística luliana, E. Longpré, ha sostenido, hace años, que Lull tiene derecho a que se le coloque al lado del príncipe de la teología contemplativa, San Buenaventura.¹⁷

jense las ediciones de los «Fioretti» cuidadas por M. Casella (Firenze, Sansoni, 1926), V. Branca (Firenze, Olschki, 1950), A. Vicinelli (Milano, Mondadori, 1955) (excelente ed. que, además de una introducción muy pertrechada de noticias y sugerencias, nos ofrece la reproducción de varios textos franciscanos fundamentales).

¹³ Ed. cit. de Vicinelli, p. 251.

¹⁴ MIGNE, *Patrol. Lat.*, vol. 175, col. 955 y sigs.

¹⁵ Id., id., col. 960.

¹⁶ Paris, Vrin, 1924, p. 8.

¹⁷ *Dictionnaire de Théologie Catholique*, vol. IX, cols. 1072-1141.

El ya mencionado Gilson precisa que el influjo del gran teólogo franciscano se concretiza en haber el autor del *Libre d'Amic i Amat* acudido al método con el cual está estructurado el *Itinerarium mentis ad Deum*: la contemplación de Dios multiplicando por siete los tres atributos de la criatura: «mensuram», «numerum» e «inclinatio-nem».¹⁸ También el concepto esencial en el ideario luliano de las tres facultades del alma, entendimiento, voluntad y memoria, parece ser que Lull lo aprendería de San Buenaventura quien, a su vez, lo asimilaría de la obra de San Agustín conforme con cuanto asienta el citado filósofo francés.¹⁹ Así reza por ejemplo el versículo 53 del *Libre*: «Anava l'Amic per una ciutat com a foll, cantant en lloança de son Amat; i li demanaren les gens si havia perdut el seny. Respongué que son Amat havia pres el seu voler, i que ell li havia donat el seu enteniment; per això li havia romàs tan solament la memòria, amb què recordava son Amat».²⁰ Concluyendo esta breve introducción sobre las relaciones entre la mística luliana y la corriente franciscana, queremos mencionar las palabras de H. Probst en su estudio *Lull, mystique pour l'action*, muy aptas para discernir todo el supuesto influjo recibido por Lull y para asentar la originalidad de su obra. «Il paraît difficile d'analyser —escribe el estudioso francés— puisque c'est tout le contraire d'une science discursive, objective. On devrait se contenter d'essayer de se mettre dans l'état d'âme du contemplatif et de l'apprécier qualitativement, pour soi même, si on a pu le sentir».²¹ La justificación de estas páginas puede que se encuentre en el deseo de captar la actitud espiritual (realizada a través del simbolismo y su expresión artística) de Lull, procedente, según sabemos, de S. Francisco. Repasando la descripción de las andanzas de Blanquerna, a veces sustanciales en sus significaciones autobiográficas, nuestra

¹⁸ Obr. cit., p. 205, nota. «Al aceptar esta posición nos alejamos de los que sostienen una casi identidad de formación cultural entre Lull y S. Francisco» (Véase, p. e., la cit. biogr. de E. Allison Peers, p. 416, y otros).

¹⁹ Id., p. 206. No se puede olvidar tampoco que la cultura espiritual de la época estaba como impregnada del pensamiento de S. Bernardo, de sus obras ascéticas y místicas. Consúltense las varias obras que tratan de la espiritualidad de la Edad Media. Referente a S. Bernardo véase: E. Gilson, *The mystical Theology of S. Bernard*, London a. New York, Heed a. Ward, 1955.

²⁰ Utilizamos para nuestras citas la edición de R. Aramon i Serra, Barcelona, Barcino, 1935.

²¹ *Miscel·lania Lul·liana*, Barcelona, Estudis Franciscans, 1935, pp. 436-445.

atención divisa coincidencias reales o imaginadas con la vida del «Poverello d'Assisi» y, meditando sobre los trescientos sesenta y cinco versículos del *Libre*, a cada paso afloran reminiscencias de las obras de la primitiva literatura franciscana, todavía empapadas de la presencia espiritual del santo.

Tal vez, así, consigamos aportar algún contributo a la interpretación del *Libre*, que concluye, místicamente, con las experiencias reseñadas en Blanquerna.

En realidad podrá extrañar que defendamos aquí la existencia de una casi idéntica posición entre las «leyendas» (nos referimos al antiguo sentido de «Legenda» como cosa que se tiene que leer) franciscanas y «el tratado poético del amor místico», nombre que da Probst al *Libre d'Amic i Amat*. Pero en realidad la relación no levanta ninguna objeción seria en quienes se percaten del verdadero sedimento interior de unas y otras obras. Ha dicho muy oportunamente G. Etchegoyen²² que la mística de Llull se encuentra como cristalizada en el pequeño y áureo librito compuesto conforme el método de los «sufíes», pero realizado poéticamente como un canto de trovador. Manuel de Montoliu señaló en algunas de sus imágenes el más típico cuño trobadórico (el amor vehículo de las relaciones amorosas; la ausencia y el olvido; el alba; la cárcel de amor; el corazón y el amor; la mirada y la locura, etc.).²³

Igual que el santo umbro que llegó a cantar su ardiente amor divino, después de haber ensalzado el amor profano en estrofas de imitación provenzal, Llull transfigura «a lo divino» en los versículos del *Libre* sus acentos poéticos. Ardorosos los suspiros del «Amic» igual que los gritos de amor y de ira de Jacopone de Todi, pero contenidos en un equilibrio armonioso cual se entona con quien vive y canta sumido en un mar de dulzura y de languideces.²⁴

²² *La mystique de R. L. d'après le Livre de l'Amic et de l'Amat*, en Bull. Hisp. XXIV, 1922, pp. 1-17.

²³ *Ramon Llull trobador*, en «Homen. Rubió i Lluch», I, 1936, pp. 363 y sigs.

²⁴ Las indiscutibles diferencias de temperamento entre Jacopone de Todi y Ramón Llull no excluyen la posible presencia entre los dos de coincidencias de formación y de información espiritual. Véase en particular el trabajo de M. Casella, publicado en «Archivum Romanicum», IV, 1920, pp. 281-339. Casella puntualiza los caracteres generales del misticismo al cual adhiere Jacopone, que por cierto se presentan muy parecidos con los de Llull. Muy importante, a pesar de la fecha lejana de su publicación, el trabajo de F. OZANAM, *Les poètes franciscains...*, París, 1852. Interesa también

El *Libre de Evast y Blanquerna* representa, en el gran repertorio de las obras lulianas, una de las más orgánicas, a pesar de las distintas épocas, en las que se fueron componiendo sus tres partes: la novela de Blanquerna, el Libro del Amigo y del Amado y el Libro de Contemplación. En cierto sentido la parte narrativa traduce la etapa ascética, a través de la cual, el alma del ermitaño va librándose de toda imperfección, mientras que los versículos del Libro del Amigo y del Amado y del de contemplación nos ofrecen los pasos de la ascensión final hacia la unión entre el Amigo y el Amado. De todos modos, conforme con la praxis ya señalada de los autores espirituales de la Edad Media, las lindes entre ascética y mística no se presentan aquí bien definidas y los versículos, por ejemplo, del *Libre d'Amic i Amat* alternan los varios momentos de la actividad espiritual.

Esto explica la presencia de versículos de contenido puramente dogmático o de reminiscencias filosófico-dialécticas, juntos con otros que tratan de ascética (vers. 155: «Les nobleses i els honraments i les bones obres de l'Amat són tresors i riqueses de l'Amic; i el tresor de l'Amat són els pensaments i els desigs i els turmens i els plors i els languiments que l'Amic sosté per honrar i amar son Amat», en donde se indican los sufrimientos del amigo en amar al amado) y otros de tema exquisitamente místico (vers. 195: «Moria l'Amic per plaers i els turmens s'ajuntaven i s'unien per a esser una cosa mateixa en la voluntat de l'Amic. I per això l'Amic, al mateix temps, moria i vivia»).

Nos proponemos ahora escoger, entre las frases del diálogo, unas cuantas que atestigüen, más marcadamente, el espíritu franciscano que Llull ha vivido después de su conversión. Sabido es, según ya apuntamos antes, que aparecen aquí y allá muchas coincidencias, desde luego casuales, entre la vida de S. Francisco y la del terciario mallorquín. Nacen los dos de familia acomodada, lo cual les permite llevar una juventud muy holgada entre amigos y fiestas. Demuestran igualmente, como soldados, valor de ánimo; los dos se encuentran presos a raíz de una guerra y aprovechan este percance para calar en sus conciencias. Igualmente demuestran la nobleza de sus almas en acudir en favor de los necesitados, y en desprenderse de toda riqueza. Después de tal demostración de sensibilidad hacia los miserables y

a nuestro tema la obra de E. UNDERHILL, *Jacopone da Todi, poet and mystic*, London a. Toronto, 1919.

de desprendimiento de los bienes mundanos, los llama a una vida de renunciación y de penitencia. Y los dos, en un principio, escogen el camino de la oración y de la soledad, que abandonan, tan solamente, para entregarse a la caridad. En efecto, S. Francisco, se dedica a llevar la palabra de amor y de perdón entre las gentes, y Llull le imita concibiendo y realizando una cruzada de evangelización entre los infieles. Hay que advertir, aquí, que el mallorquín había formulado su plan con el auxilio de conocimientos filosóficos, teológicos e idiomáticos.²⁵ De verdad nuestro Llull trató de cumplir con los ideales franciscanos, dejando al lado toda actitud que no compaginara con su empeño tan elevado culturalmente. Queda de una manera terminante asentado que el autor de Blanquerna, como terciario franciscano ejemplar, profesa los principios de la Regla del santo italiano: pobreza, humildad, caridad y sencillez. De estas cuatro virtudes, el alma del doctor iluminado cultiva, con más celo, la caridad. Bien sabía el místico catalán que siendo «llarg i perillós el viatge en el qual» va «a cercar» el «Amat»²⁷ el amor, y un amor que alcance la locura de que habla Jacopone cuando dice «Aggio perduto el core e il senno tutto, / voglia e piacer e tutto sentimento; / tutta la voglia mia / d'amore s'è infocata / unita trasformata...»,²⁸ era para él imprescindible. «La perfetta letizia» de Francisco, empapado de lluvia, aterido de frío y cubierto de lodo y agotado por el hambre, cual se nos ofrece en el VIII cap. de *I fioretti*, reluce en el *Libre* toda vez que Llull establece una relación de igualdad entre el dolor y el placer en el amigo, y cuantas veces proclama que el sufrimiento por amor del Amado se transforma en verdadero gozo. Una situación muy parecida a la que mencionamos destaca en el *Libre* al vers. 273, donde se dice: «Anava l'Amic a demanar almoina per les portes, per tal de recordar l'amor de son Amat als seus servidors, i per tal d'usar d'humiltat, pobresa i paciència, que són coses agradables a son Amat».²⁹ En el texto castellano publicado por Lorenzo Riber, la variante que se nos ofrece se

²⁵ R. SUGRANYES DE FRANCH, *Ramon Lull, docteur des missions*, Suisse, Nouv. Rev. de Science Mission., 1954, muy rico y muy al día en bibliografía.

²⁷ Ed. Aramon, vers. 211. El motivo de la búsqueda del Amado, muy corriente en toda la literatura mística, procede, en muchos casos, del libro escritural *Cantiga de las Cantigas*. Llull lo introduce con mucha frecuencia en varios versículos; p. e., en los vers. 42, 55, 58, 84, 111, 119, 302, 313, 345, 351, etc.

²⁸ Ed. de Aurelio Alunno, Città di Castello, 1922, p. 149.

²⁹ Vers. 273.

entona más plenamente con el relato italiano, pues reza así: «...y como en un día no le diesen limosna alguna, le fué preguntado si le sabía mal. Respondió que no, porque humildad, pobreza y paciencia eran cosas agradables a su Amado». ³⁰ Ni de verdad Llull habría podido discurrir de otra manera, como que en el propio *Libre* reconoce que la simplicidad (sacamos la definición del texto castellano, y por eso su paternidad es algo dudosa, aunque el espíritu es en todo caso verdaderamente luliano): «La verdadera simplicidad es la que encomienda a mi amado todos sus hechos». ³¹

En concreto nos parece que el capítulo XXI de *I Fioretti* ha tenido un influjo muy decisivo en varios versículos del *Libre* luliano. Sin embargo el que más hondamente refleja la actitud tan conmovedora de San Francisco que amansa al lobo de Cubio, o que habla con los pájaros es el versículo 112: «Anava l'Amic a una terra estranya, on pensaba trobar son Amat, i pel camí l'atacaren dos lleons. Tingué por de la mort l'Amic, per tal com desitjava viure per servir son Amat, i traxmeté la seva recordança a son Amat... Mentre l'Amic pensava en l'Amat, els lleons vingueren humilment a l'Amic, al qual lleparen les làgrimes dels seus ulls, que ploraven, i li besaren les mans i els peus. I l'Amic anà en pau a cercar son Amat». ³² En realidad el texto de *I Fioretti* pone de relieve que el lobo se amansó, cuando S. Francisco «ebbe fatto la croce». Sin embargo poco antes el santo había mandado al lobo que no molestara más a nadie conforme con lo que estaba dispuesto «dalla parte di Cristo». En un caso y en otro el amigo (S. Francisco o Llull, quien en el *Libre* va representado por el amigo) consigue amansar las bestias feroces, confiado con toda simplicidad y sin vacilación ninguna en el Amado.

Veamos ahora como Llull ha traducido algunos de los consejos que el Santo de Asís nos ha dejado en su enseñanza de la cual brotan *I fioretti*. «Dos són els focs que escalfen l'amor de l'Amic: l'un és bastit amb desigs, plaers i pensaments; l'altre és compost de temor i llanguiment, i de làgrimes i plors» (vers. 44). Innumerables son los ejemplos que los anónimos autores de las florecillas de S. Francisco nos describen del amor de Dios, considerado cual «tesoro celestial», capaz de lograr que «la mente... al tutto sciolta e astratta dalle cose

³⁰ Vers. 281.

³¹ Vers. 334.

³² Vers. 111.

terrene» por lo cual el santo «a modo di rondine, volava molto in alto per la contemplazione». ³³

Todo el *Libre* está como sustanciado de amor, aun cuando no se hace ninguna mención del amor, como acontece en muchísimos casos de la obrita que estamos estudiando. Conviene aquí reconocer que la naturaleza del amor luliano, coincide con lo que llamamos «El amore estatico», ³⁴ al cual Rousselot ha dedicado, como ya señalamos, toda su atención. El amor en la concepción estática, según afirma el mencionado estudioso, falta, absolutamente, de verdadero freno, sale de sí mismo para lanzarse a la conquista con toda vehemencia. Concibe sin más el dualismo: Dios y el alma, el Amigo y el Amado. El desenlace final, según palabras de Rousselot, es la idea del sacrificio, elemento esencial del amor, que, de otra manera, resultaría inconciliable en los intereses del Amado y del Amigo. En último término el amor estático proyecta la identificación de amor y de visión, de amor y de bienaventuranza, con evidente prevalencia del amor. S. Bernardo, en su comentario sobre el «cántico» ³⁵ llega a la afirmación, valedera, naturalmente, en la terminología exclusivamente mística, de que «Triumphat de Deo amor... ut scias amoris fuisse quod plenitudo effusa est, quod altitudo adaequata est, quod singularitas associata est...». Y un discípulo de S. Bernardo, Gilbert de Hoy, al continuar el mismo comentario del santo, añade: «Magna et violenta est vis caritatis, ipsum affectum Dei attingens et penetrans, et velut sagitta iecur eius transfigens. Quid mirum si regnum coelorum vim patitur? Ipse Dominus violentis amoris vulnus sustinet». ³⁶ Rousselot se apresura a recoger, en estas apasionadas expresiones de la escuela cisterciense, un luminoso prelude de los acentos amorosos de S. Francisco, de Jacopone y, añadimos, en nuestro caso, de Ramón Llull.

Algunas de las exquisitas definiciones del amor que entresacamos del *Libre d'Amic e Amat*, nos pueden aclarar todavía más la realidad de la posición luliana.

«L'Amat enamora l'Amic, i no el plany el seu llanguiment, per tal que més ardentment sigui amat i en el major llanguiment trovi l'Amat plaer i repòs» (vers. 30). Aquí se subraya la procedencia del

³³ I Fioretti, ed. Rizzoli, Milano, 1957, cap. XXVIII, pp. 79-80.

³⁴ Véase el estudio ya mencionado: passim.

³⁵ MIGNE, *Patrol. Lat.*, vol. CLXXXIX, col. 1088.

³⁶ La cita está sacada del estudio de Rousselot.

amor como don divino y gratuito, y la correspondencia de parte del amigo, con languideces que son descanso y placer para el amado. Recuértese el motivo bíblico «Deliciae meae esse cum filiis hominum». Significativo el vers. 32 en el cual al declarar las condiciones del Amigo y las del Amado, Llull no se ha resistido a afirmar expresamente que «Les condicions del Amat són que sigui veraç, generós, piadós i just evers son Amat», lo cual viene a decir que en las relaciones del amor místico Dios está como «sujeto» a una «ley de amor» que parece ser «superior». En algo esta situación de divina condescendencia hacia el amor del hombre, se encuentra en el capítulo XIV de *Actus B. Francisci et sociorum eius*.⁸⁷ Nos cuentan los anónimos colectores de dichos episodios cómo S. Francisco «in fervore spiritus uni eorum (sus discípulos) praecepit ut in nomine Domini os aperire» y de hecho empezó a hablar «quidquid ei Spiritus Sanctus ei sugerebat» con tal fuerza y maravilla que «nulli dubium erat quod per ipsum ad alios Spiritus Sanctus loquebatur». El capítulo se cierra reconociendo «quia placuit (Domino Jesu Christo) per ora simplicium thesauros disseminare coelestes...». En donde no parece atrevido concluir que Dios obedece a la fuerza de la simplicidad, del amor del alma que se abandona a la acción divina.

Otra definición formulada por Llull, de bellas imágenes, se nos ofrece en el versículo 234: «L'amor és una mar agitada d'ones i de vents, que no té port ni ribatge. Mor l'amic en la mar, i en el seu naufragi moren els seus turments i neixen els seus assoliments». Su sentido coincide también en la total entrega del alma al amor, en el olvido de sí y en la muerte a nosotros mismos se halla la liberación de todo tormento. La imagen del agua, sea de río, sea de mar, es sugerida al autor (o a los autores) de *I Fioretti* y se nos presenta alguna vez bajo un sentido que puede relacionarse con el del versículo que acabamos de mencionar. En el capítulo 36, Fray León ha tenido una visión que sólo S. Francisco sabe explicar con estas palabras: «Ció che tu hai veduto è vero. Il gran fiume è questo mondo; i frati ch'afogano nel fiume sono quelli che non seguitano la evangelica professione, e spezialmente quanto all'altissima povertá; ma coloro che senza pericolo passano sono quelli frati, li quali nessuna cosa terrena nè carnale cercano nè posseggono in questo mondo... seguitando

⁸⁷ *Actus B. Francisci et sociorum*, ed. Sabatier, Paris, Fischbacher, 1902, pp. 50-51.

Cristo nudo in croce...». Siempre en tema del mar del amor, el vers. 310 de la mencionada edición de L. Riber,³⁸ que corresponde parcialmente al vers. 302 de la ed. de Aramon, encontramos algo como una glosa fácilmente relacionable con el contenido del cap. XXXVI de *I Fioretti*. Así en efecto reza el texto reproducido por Riber, que procede, según sabemos, de la versión castellana publicada en Mallorca en el año 1749: «El lago de amor es muy al contrario de los otros lagos, porque en aquél se salva quien se zambulle a lo más profundo, y quien no anega y sale fuera éste se pierde, lo que muy al revés acontece en los demás lagos; y por esto el amigo deja de temer». La inversión de sentido y de la imagen que se nos presenta aquí es muy del estilo de Llull, llevado muy extremosamente a un simbolismo que, partiendo del ambiente sencillo franciscano, alcanza cumbres de encantadora fantasía.³⁹

Para dar término a este breve bosquejo de una comparación entre la primitiva literatura franciscana y el *Libre* de Llull nos queda entresacar de esta última obra algunos ejemplos particularmente inspirados en el clima afectivo franciscano, cuyos arranques descansan en el culto de la pobreza, de la sencillez, o simplicidad, de la limosna, del trabajo, de la caridad ardiente para con el prójimo y para con los infieles (dicha caridad se realiza sobretodo a través de las misiones en tierras paganas); de la devoción hacia la pasión de N. S. J. C.; del sentido de la soledad; de la alegría; de la naturaleza, concebida como «teofanía» luminosa.

Por cierto Llull no se propuso encarnar toda la gama de los motivos franciscanos: aquella libertad de posturas y aquella misma independencia de formación, que llegó a llamarse «auto-didactismo», no se lo habría ni siquiera consentido. Sin embargo el *Libre*, verdadero poema amoroso en prosa, descubrió una multitud de coincidencias expresivas y de enlaces espirituales y figurativos con el espíritu y la fantasía tan fresca y candorosa de San Francisco y de sus primeros discípulos.

Una ojeada al rico repertorio de imágenes, metáforas y símbolos

³⁸ *Blanquerna*, Madrid, Aguilar, Col. Crisol, n. 51, s. a. No hemos podido cotejarla con la ed. clásica de J. Rosselló y M. Obrador, Palma de M., 1901. *Blanquerna* (t. IX) está cuidado por S. Galmés y M. Ferrà (a. 1914). Véase la Bibliografía de las «Obras literarias de R. L.» por M. Batllori y M. Caldentey, Madrid, BAC, 1948.

³⁹ Id., id.

que desfilan en los trescientos sesenta y cinco versículos del precioso libro, comprueba la consonancia que media entre el mallorquín y el autor del *Cantico delle creature*. Por de pronto, vamos a subrayar los motivos que más a menudo se repiten a lo largo de la obra mística luliana, los temas que aparecen más regularmente son: la pena, la amargura como equivalencia del placer, el gozo en los caminos del amor divino; las lágrimas, el llanto, los suspiros como testimonio de la relación de amor;⁴⁰ la fuente; las tinieblas; locura de amor; las señas de amor; la luz y el sol; la soledad; la pobreza en todas sus manifestaciones; la enfermedad y el médico; los secretos; las sendas ásperas y llanas, etc. Podríamos seguir enunciando más temas presentes en el diálogo entre el amigo y el amado, pero, después de lo dicho ya se divisa que, excepción hecha de dos momentos inspirados, procedentes, uno de su antigua costumbre trovadórica, y otro, de su hábito filosófico, Llull se sitúa en su fase creadora, entregado al sentimiento y a la contemplación de la naturaleza, en perfecta coherencia con su «credo» esencialmente franciscano.

S. Francisco, como nos es presentado, por ejemplo en el *Espectulum perfectionis*⁴² revela una sensibilidad «viscerosa dilectio», que no aflora en Llull, quien es llevado más bien por una inteligencia muy cultivada, capaz, por esto, de hacerle escoger, en la realidad que le rodea, tan solamente los aspectos que afectan la parte especulativa.

Resulta sugestivo el procedimiento con que Llull ensalza la «simplicidad», primer peldaño hacia la perfección, sentida franciscanamente. Nos referimos al vers. 70 de la versión castellana reproducida por Riber: «Entró el amigo en un delicioso prado y vió a muchas jóvenes que perseguían muchedumbre de mariposas y hollaban las flores, y cuanto más porfiaban en agarrarlas tanto más alto volaban las mariposas. De que discurrió el amigo que tales son aquellos que con curiosas sotilezas piensan comprender a su amado, quien abre las puertas a los simples y las cierra a los sutiles; y la Fe muestra aquél en sus secretos por la ventana del amor».⁴³ El cuadro, de grato sabor

⁴⁰ El tema, p. e., de las lágrimas se encuentra unas cuarenta veces; el del dolor unas treinta. Siguen, en orden de disminución, los temas de la muerte, de la luz y del sol, de la pobreza; de la enfermedad, de los secretos del amado, de los indumentos del amor; de las tinieblas; del alba, etc.

⁴² En *Florilegium franciscanum*, ed. Sam Cavallin, Lund, 1957, c. 113 y 116.

⁴³ Ed. vers. cast. cit., p. 517.

naturalístico, muy a lo franciscano, puede que no pertenezca a la pluma de nuestro místico, pero bien merecería ser obra suya, por compaginar con el deseo de traducir con tanta finura, el elogio más cálido de la simplicidad. El amado abre las puertas a los simples y las cierra a los sutiles.

Puede ser que aquí convenga recordar las palabras del capítulo LX de *Actus B. Francisci et sociorum eius* que así rezan: «Sic fructificavit sancta simplicitas, non de Aristotile vel philosophis praedicans...».⁴⁴

La pobreza que Llull, tras el ejemplo de Cristo y de Francisco, practicó con heroico empeño y suave gozo, inspira no pocos momentos y entre los más acertados de su expresividad artística: «Demana ren a l'Amic: Quines són les teves riqueses? Respongué: —Les pobreses que sofreixo pel meu Amat...» (vers. 56). Más significativo todavía es el contenido del vers. 185 en el cual así se dice: «Anava l'Amic per una gran ciutat, i demanava si trobaria ningú amb qui pogués parlar de son Amat com li plagués. I li mostraren un home pobre que plo rava per amor i cercava un company amb qui pogués parlar d'amor». El pobre es el privilegiado entre todos los hombres: sólo con él se puede hablar del Amado y sólo él entiende lo que es amor. Es la revelación plena y total de la perfecta desnudez corporal, es la liberación cumplida de todo empacho, de todo obstáculo para alcanzar el amor, la verdadera felicidad. El ideal de San Francisco ha encontrado en esta escena, tan reducida en sus proporciones y tan honda en su relieve y en su dinamismo, la realización más sincera y de verdadero alcance artístico. Nos encontramos sin duda muy cerca del clima, en el cual se ha pergeñado el motivo de la «perfetta letizia», que conceptuamos como la cumbre espiritual de *I Fioretti*. Ya se sabe como el gran pintor Giotto, contemporáneo al movimiento franciscano y férvido admirador, ha representado las bodas de S. Francisco con la Pobreza, en la Iglesia de S. Francisco de Asís. En fin Llull parece haber recogido la invitación de Francisco dirigida a fray Masseo: «Compagno mio, andiamo a santo Pietro e a santo Paulo, e preghiamogli ch'eglino ci insegnino e ajutino a possedere il tesoro smisurato della santissima povertà; imperocchè ella è tesoro sì degnissimo e sì divino, che noi non siamo degni di posederlo nelli nostri vasi vilissimi; conciossiacosachè questa sia quella virtù celestiale, per la quale

⁴⁴ Ed. cit., p. 183.

tutte le cose terrene e transitorie si calcano, e per la quale ogni impaccio si toglie dinanzi all'anima, acciocchè ella si possa liberamente congiungere con Dio eterno...».⁴⁵ Toda la gracia de este lenguaje sencillo y puro, animado y emotivo, se ha convertido, bajo el empuje de la fantasía de Llull, en un cuadro de colores suaves y de líneas marcadas que, en su eficacia, nos convence y nos conmueve hondamente. Ni queremos olvidar otro pasaje del mismo cap. (el XIII) de *I Fioretti* en donde se nos depara otra escena de encanto y de airosa luminosidad: la escena de los mendrugos de pan recogidos durante una colecta de caridad y colocados luego, como algo muy precioso, «dov'era una bella fonte, e allato avea una bella pietra larga, sopra la quale puose ciascuno tutte le limosine ch'egli avea accattato...».⁴⁶ Es verdaderamente aquí el caso de apuntar la fuerza expresiva de la maravillosa transfiguración de lo pobre, de lo sencillo, en algo extraordinariamente de valiosos matices: el agua, la piedra, los propios mendrugos de pan ya son como piezas de un tesoro todo resplandor, ante el cual los ojos enamorados de Francisco y de sus seguidores se quedan encantados para siempre. Y Llull, desde luego, se encuentra entre éstos. De haber faltado en la temática luliana la descripción de la vida de Cristo, en su nacimiento y sobretodo en su pasión y su muerte, nos parecería no poder reconocer en el terciario franciscano de Mallorca a un perfecto hijo del asiate. Pero por el contrario, varios y poderosamente concretos son los versículos del *Libre* en donde el Amado aparece bajo las semblanzas del Redentor. Mencionamos algunos de los versículos que nos ofrecen momentos de la más intensa emoción. «Es manifesta l'Amat a son Amic, amb vestits vermells i nous; i estén els seus braços perquè l'abraci, i inclina el seu cap perquè el besi, i està enlaire perquè el pugui trobar» (vers. 90). La sencillez del cuadro, con sus puntas de realismo y de plasticidad, nos recuerda, aun guardando típicas diferencias, debidas en parte a cierto aire pastoril y fino del Renacimiento, el soneto de S. Juan de la Cruz: *Un pastorcico solo está penado*. De tener algún asomo de documentación, ya que la atmósfera de las dos composiciones se nos presenta muy parecida, llegaríamos a afirmar que el lírico carmelita conocería el versículo del místico mallorquín que acabamos de mentar. En ver-

⁴⁵ Ed. cit., pp. 38-39.

⁴⁶ Ib., ib., p. 37.

dad Llull podría haber desempeñado el papel de mediador entre el santo de Umbría y el autor del *Cantico Espiritual*.⁴⁷

Otro versículo así reza: «Colpejava l'Amat el cor de son Amic amb vergues d'amor, per tal de ferli amar l'arbre d'on l'Amat collí les vergues amb que fereix sos amadors en el qual arbre sofrí mort i llangors i deshonor, per retornar a l'amor els amadors que havia perdut» (vers. 216). Aquí Llull nos da a entender que ha recogido el grito apremiante de S. Pablo: «Humiliavit semetipsum factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis»,⁴⁸ que S. Francisco solía repetir. Para indicar la importancia que tenía la representación de la cruz y de la contemplación del Crucificado, en el cap. V de *I Fioretti* se nos dice que «santo Francesco e gli suoi compagni erano da Dio chiamati eletti a portare con cuore e con l'operazioni e a predicare colla lingua la Croce di Cristo, eglino pareano, ed erano, uomini crocifissi, quanto all'abito e quanto alla vita austera e quanto agli atti e operazioni loro; e però disideravano più di sostenere vergogne e obbrobrii per l'amore di Cristo, che onori del mondo o riverenze o lode vane».⁴⁹

Alguna vez, como ocurre en el vers. 267 del texto castellano, la alusión al Cristo crucificado se esconde bajo un simbolismo menos abierto, pero esto sin que se pierda en nada la suavidad y la finura del estilo. «Vistióse el Amado de la tela de que estaba vestido su amigo, para que fuese su compañero en la eterna gloria; y por esto el amigo deseaba continuamente vestidos encarnados, porque la tela fuese más semejante a la vestidura de su Amado».⁵⁰

⁴⁷ Posibilidades de influjo de Llull sobre S. Juan de la Cruz están planteadas por HATZFELD en *Influencia de Raimundo Lulio y Jan Van Ruysbroeck*, recogido en el libro *Estudios Literarios sobre Mística Española*, Madrid, Credos, 1955, pp. 33-143. Véanse, entre otros, estos estudios: P. SAINZ RODRÍGUEZ, *Introd. a la Historia de la Lit. Mística en España*, Madrid, 1927; R. ROSENT y E. DURAN, *Bibliografía Luliana*, Barcelona, 1927; J. RURIÓ i BALAGUER, *Notes sobre la transmissió manuscrita de l'opus lullà*, en «Franciscalia», Barcelona, 1928; G. M. BERTINI, *Lo Libre de Amic e Amat di Ramon Llull*, en Bull. Hisp., XLI, 1939, pp. 113-125; M. BATLLORI y M. CALDENTY, *Bibliografía de las «Obras Literarias» de R. L.*, Madrid, BAC, 1948, etc.

⁴⁸ *Epist. ad Philippenses*, cap. II, v. 7.

⁴⁹ Ed. cit., p. 19.

⁵⁰ Un ejemplo muy significativo de como el castellano del siglo XVI asimiló el lenguaje de Llull nos es ofrecido en la versión publicada por mí en *Testi spagnoli del sec. XV*, Torino, Gheroni, 1948.

Ya sabemos que la devoción hacia la Cruz y al Cristo Crucificado tuvo siempre en la familia franciscana un carácter tan consustancial, que al santo fundador solía llamársele «devotissimus crucifixi servus Christi Franciscus»⁵¹ y, por otro lado, aquella perfecta alegría de que se habla en el cap. VIII de *I Fioretti* se encuentra, según la predicación franciscana, en la misma cruz, ya que sus tribulaciones y aflicciones y sólo ellas dan derecho al verdadero hijo de San Francisco de conseguir alabanza y estima.⁵²

Desde luego todos los biógrafos de Llull están de acuerdo en afirmar que el maestro mallorquín siguió desde cerca las huellas del santo de Asís y su obra de tanta hondura mística, como el *Libre d'Amic i Amat* nos lo atestigua de una forma y con un estilo tan candorosa y líricamente franciscano.

GIOVANNI MARIA BERTINI,
Profesor en la Universidad de
Torino

⁵¹ *Actus B. Francisci...* cit., p. 8.

⁵² *Ib.*, *ib.*, pp. 24-27.